

# Catecismo 2810 - 2811 LA ORACIÓN CRISTIANA

## «PADRE NUESTRO»

### «Santificado sea tu nombre» I

2010

**Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA**

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la Gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

**Punto 2810:**

*En la promesa hecha a Abraham y en el juramento que la acompaña (cf Hb 6, 13), Dios se compromete a sí mismo sin revelar su Nombre. Empieza a revelarlo a Moisés (cf Ex 3, 14) y lo manifiesta a los ojos de todo el pueblo salvándolo de los egipcios: "se cubrió de Gloria" (Ex 15, 1). Desde la Alianza del Siná, este pueblo es "suyo" y debe ser una "nación santa" (cf Ex 19, 5-6) (o "consagrada", que es la misma palabra en hebreo), porque el Nombre de Dios habita en él.*

El nombre de Dios había sido preservado, como un misterio; y de una manera progresiva se ha ido revelando. Decíamos en otra ocasión que el **nombre, en el lenguaje bíblico** significa la persona misma.

El reparo en pronunciar el nombre de Dios se remonta a una época muy anterior a Jesucristo.

Eclesiástico 9, 23:

No tomes la costumbre de nombrar al Santo.

Esto era así y se llegó al punto que en el Antiguo Testamento solo nombraba el nombre de Dios el Sumo sacerdote, y además una sola vez al año y en el "santa sanctorum" dentro del Templo.

SE llegó incluso a olvidar cual era la pronunciación precisa del nombre de Dios.

En los textos hebreos solo existían las consonantes del Nombre, y no se sabía con qué vocales se pronunciaban esas consonantes.

Fue en una época posterior cuando ya se añadieron las vocales para facilitar la lectura.

Hoy en día y gracias a las investigaciones filológicas tenemos bastante seguridad de cómo se pronuncia el nombre: YHWH: y nosotros pronunciamos "Yahveh".

Desde el siglo XVI al XIX, en muchas Biblias se transcribió como Jehová: Mas tarde los estudios filológicos, llegaron a entender que la pronunciación más correcta era de la de Yahveh.

Pero lo importante de todo esto es caer en cuenta de que en el Antiguo Testamento tenían la conciencia de que Dios era tan Grande que no debíamos ni pronunciar su nombre.

Y para evitar el pronunciar el nombre de Dios se recurría a otros términos: “El Eterno” el Santo”, el “Todopoderoso” ...

En el proceso del juicio que le hacen a Jesús:

Marcos 14, 61:

61 Pero él seguía callado y no respondía nada. El Sumo Sacerdote le preguntó de nuevo: «¿Eres tú el Cristo, el **Hijo del Bendito?**»

El nombre de Dios aparecía rodeado de un gran respeto. El nombre de Dios se relaciona a lo largo de toda la historia del Antiguo Testamento de poder y fuerza.

Dios ha manifestado que Él es incomparable por los actos de la salvación. Ha brillado su santidad por sus obras y no solo por un nombre inaccesible.

Isaías 29, 23

23 porque en viendo a sus hijos, las obras de mis manos, en medio de él, santificarán mi Nombre.»

Isaías 52, 6

6 Por eso mi pueblo conocerá mi nombre en aquel día y comprenderá que yo soy el que decía: «Aquí estoy.»

Es verdad que para nosotros y en nuestra cultura, el nombre puede ser algo trivial, sin embargo, en la cultura semítica hay una gran transcendencia y un misterio que se esconde detrás del nombre.

Empieza este punto:

***En la promesa hecha a Abraham y en el juramento que la acompaña (cf Hb 6, 13), Dios se compromete a sí mismo sin revelar su Nombre.***

Hebreos 6, 13:

13 Cuando Dios hizo la Promesa a Abraham, no teniendo a otro mayor por quien jurar, “juro por sí mismo “

***Empieza a revelarlo a Moisés (cf Ex 3, 14):***

13 Contestó Moisés a Dios: «Si voy a los israelitas y les digo: "El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros"; cuando me pregunten: "¿**Cuál es su nombre?**", ¿qué les responderé?»

14 **Dijo Dios a Moisés:** «**Yo soy el que soy.**» Y añadió: «Así dirás a los israelitas: "Yo soy" me ha enviado a vosotros.»

De esta expresión: “**YO SOY EL QUE SOY**” viene YHAVEH.

Dios manifiesta su poder no solo revelando su nombre, sino que lo hace salvándolos de los egipcios.

De cualquier forma, hay una revelación progresiva tanto de su nombre como de su poder en sus obras.

En el antiguo testamento suele estar primero las obras y después las palabras. Dios no comienza diciendo Yo soy el único Dios, sino que al principio se revela como el Dios más grande entre todos los dioses, y poco a poco el pueblo va cayendo en cuenta de que Yahveh es un **único Dios**, por la forma en como Dios se les va manifestando.

Es tal la misericordia que experimentamos de Dios, que nos protege de nuestros enemigos, en medio de pueblos más fuertes que nosotros; que llegan a concluir: “*no es que Yahveh sea más poderoso que los demás dioses de los otros pueblos, sino que no hay más Dios que Yahveh, que no hay más que uno solo Dios.*”

Llegan a concluir en el monoteísmo por las obras. Y son las palabras las que posteriormente refrendan esas obras.

Termina este punto diciendo:

***Desde la Alianza del Sinaí, este pueblo es "suyo" y debe ser una "nación santa" (cf Ex 19, 5-6) (o "consagrada", que es la misma palabra en hebreo), porque el Nombre de Dios habita en él.***

Éxodo 19, 5-6:

- 5 Ahora, pues, si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra;
- 6 seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa." Estas son las palabras que has de decir a los hijos de Israel.»

Es el pacto donde Dios se compromete a guardar a Israel como pueblo suyo.

Se nos remite al punto 63 del catecismo:

***Israel es el pueblo sacerdotal de Dios (cf. Ex 19, 6), "sobre el que es invocado el nombre del Señor" (Da 28, 10). Es el pueblo de aquellos "a quienes Dios habló primero" (Viernes Santo, Pasión y Muerte del Señor, Oración universal VI, Misal Romano), el pueblo de los "hermanos mayores" en la fe de Abraham (cf. Discurso en la sinagoga ante la comunidad hebrea de Roma, 13 abril 1986).***

Dios se ha revelado a toda la humanidad, pero se ha revelado primero al pueblo de Israel, y es a través de ellos Dios inicio su revelación a toda la humanidad.

En este punto se habla de la palabra consagrado; en hebreo se traduce como "kadas" que significa separar, distinguir, consagrar.

Cuando decimos que Dios ha consagrado a Israel, es que lo "ha separado" lo ha distinguido de todos los pueblos de la tierra.

En los textos bíblicos: la consagración, la santificación del nombre de Dios, no solamente depende de nosotros, sino que ante todo y sobretodo también depende de Dios mismo que se revela y dando a conocer su poder. Cuando se dice que "Dios santifique su nombre", se desea que se manifieste su santidad a los ojos de los hombres para que reconozcan que su nombre es Santo.

Al fondo es Dios mismo el que lleva adelante esa obra de santificación, solo que nosotros colaboramos; especialmente colaboramos haciendo que mi vida sea una manifestación de que **Dios es Santo**; y que esa santidad de Dios no se queda únicamente en algo exterior a nosotros, sino que el Espíritu de Dios actúa en nosotros "y os daré un corazón nuevo"; de manera que seamos "**glorificadores de Dios**", y que con nuestra vida demos un testimonio de que Dios es Santo, que la bondad de Dios se refleje en nosotros.

Dios nos ha escogido "**para que seamos santos e inmaculados ante El por el amor**".

Pero para manifestar esto, Dios lo ha hecho eligiendo a un pueblo –al pueblo de Israel- al que también le llama "pueblo santo". Igualmente, a nosotros también nos ha elegido como "pueblo santo" como Iglesia que es "santa": en su fundándose en los medios que Dios ha puesto en ella.

Como esta santidad es “participada de la santidad de Dios”, tenemos que alabar a Dios, porque lo que tenemos de santidad, es porque lo hemos recibido de Dios; todo aquello que hay de bueno en nuestra vida son un eco de la santidad de Dios.

Por tanto cuando digan una cosa buena de nosotros –cuando nos hechen un piropo... pues ¡Bendito sea el nombre de Dios **santificado sea tu nombre**.

Esta claro que tenemos una cierta tendencia a apropiarnos de las cosas buenas, como si fuesen propias. Lo cierto es que cuando nos reconocen cosas buenas en nosotros deberíamos decir: ¡A Dios se la gloria, santificado sea su nombre!

En nosotros hay cosas buenas, no podemos ni debemos negarlas; de la misma manera que es importante reconocer el pecado que tenemos dentro de nosotros. El humilde también reconoce lo bueno que hay en él, solo que no tiene que apropiárselo, porque eso bueno que hay en mi es un eco de la santidad que hay en Dios.

#### **Punto 2811:**

*A pesar de la Ley santa que le da y le vuelve a dar el Dios Santo (cf Lv 19, 2: "Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios soy santo"), y aunque el Señor "tuvo respeto a su Nombre" y usó de paciencia, el pueblo se separó del Santo de Israel y "profanó su Nombre entre las naciones" (cf Ez 20, 36). Por eso, los justos de la Antigua Alianza, los pobres que regresaron del exilio y los profetas se sintieron inflamados por la pasión por su Nombre.*

Este es el misterio en el que Dios ha tenido la delicadeza y predilección, el amor y la misericordia de tener una confianza con Israel, de **revelarse su nombre**, y el misterio del pecado es que el amor no es amado, que esa confianza no es apreciada. Israel peca y no tiene respeto de su nombre: *Se separa del Santo de Israel y profana su nombre.*

Lo profana no solo con la palabra sino con la propia vida que se entrega a todo tipo de pecados o incluso a adorar a falsos dioses, a construir ídolos, etc.

Se nos remite al punto 2143:

**Entre todas las palabras de la Revelación hay una, singular, que es la revelación de su Nombre. Dios confía su Nombre a los que creen en Él; se revela a ellos en su misterio personal. El don del Nombre pertenece al orden de la confianza y la intimidad. “El nombre del Señor es santo”. Por eso el hombre no puede usar mal de él. Lo debe guardar en la memoria en un silencio de adoración amorosa (cf Za 2, 17). No lo empleará en sus propias palabras, sino para bendecirlo, alabarlo y glorificarlo (cf Sal 29, 2; 96, 2; 113, 1-2).**

Zacarías 2, 17:

Poseerá Yahveh a Judá, porción suya en la tierra santa, y elegirá de nuevo a Israel.

Silencio, toda carne delante de Yahveh, porque Él se despierta en su santa morada.

Se pide un “santo respeto ante su presencia”.

Ante esto: ¿Qué no decir de la blasfemia?; ¿Qué no decir de la gran contradicción de la blasfemia?

En el antiguo Testamento, no recuerdo pasaje en los que la profanación del nombre de Dios sea en forma de blasfemia, tan burda y soez como nosotros solemos escuchar.

El concepto de profanación del nombre de Yahveh que se tiene en la biblia es bastante más fino, que el que solemos utilizar nosotros.

Este vicio de la blasfemia tiene dos modalidades. Hay un tipo de blasfemia que es muy “intencional”. Vas por la calle, la gente ve un sacerdote, y aprovechan para blasfemar con toda la intención para intentar hacer daño. Habrá que rezar mucho por esas personas que tienen ese odio o rencor hacia las cosas santas, que en parte son fruto del clericalismo y laicismo. Así me he encontrado con monjas que cuando tiene que salir a la calle tienen que sufrir también esos ataques.

Y existen otro tipo de blasfemias que están más ligadas en un hábito en el hablar, y son casi una incapacidad del control de nuestro lenguaje. A veces se puede llegar a blasfemar de una manera que es como quien dice: “buenos días”, con una inconsciencia de las barbaridades que estamos diciendo.

Pero es obvio que tiene una culpabilidad en haber adquirido ese vicio, porque las primeras veces que hemos estado pronunciando indebidamente el nombre de Dios, hemos llegado a tener un cierto control en “adquirir o no adquirir” el hábito de la blasfemia.

Habrà que hacer, al menos la reflexión de que si estoy rezando en el “Padre nuestro” lo de “**santificado sea tu nombre**” ... ¿Qué mayor contradicción en decir las dos cosas: “santificado sea tu nombre” y luego blasfemar contra el nombre de Dios?

Habrà que pedir al Señor: “Señor dame el control de mis palabras”

Llegue a conocer a una persona que tenía ese hábito de que se le escapaban blasfemias y fue capaz de arrancarlo autoimponiéndose penitencias cada vez que se le escapaba una blasfemia.

También pude ser ocasión de Bendecir a Dios cada vez que oigamos una blasfemia.

Otra cosa será el ver la conveniencia o no conveniencia de corregir a una persona, habrá que tener la prudencia del momento quien nos lo indique.

Desde luego las correcciones –la experiencia nos lo demuestra- que deben de ser a solas, para que las correcciones tengan el efecto que tiene que tener; porque si se hacen en público, el mismo amor propio, el orgullo hacen que no haya la capacidad de acoger la corrección.

Pero para que la corrección sea efectiva tiene que brotar el amor a Dios y del amor al prójimo, y que miremos si las circunstancias para hacer la corrección son las adecuadas.

otra cosa: además de hacer alabanzas a Dios en reparación, también podemos incluir en nuestra forma de hablar expresiones de bendición a Dios. Cuando contamos algo positivo: me ocurrió esto bueno –Gracias a Dios-, Gracias a Dios mi hijo ha aprobado los exámenes.

Esas expresiones que en nuestro lenguaje coloquial donde se incluye una bendicen a Dios de una forma casi espontánea: bendito sea Dios, Gracias a Dios, a Dios gracias...

Lo dejamos aquí